



Un árbol solo, 1991.

El infarto

La radio-reloj-despertador, desde la alta llanura marmórea de la mesita de noche, dio el toque de alarma con las noticias de las cinco de la madrugada, que se reflejaban en rojo, pestañeando en la pantalla electrónica del receptor, mientras una lluvia pertinaz golpeaba los cristales.

El hombre se despertó y por no molestar a la esposa comenzó a vestirse en la semioscuridad de la alcoba. Por la ventana penetraba un haz enfermizo de luz humedecida del pobrísimo alumbrado callejero. Sabía dónde tenía sus cosas y no tenía necesidad de hacer correr más kilovatios en el contador loco.

Se sentía algo turbado y le latía al corazón como si padeciera una taquicardia irremediable. Siempre le ocurría algo parecido cuando tenía que emprender algún viaje. Se notó el pulso alterado, como si un potro cerril con trote anárquico se le hubiera introducido en la sangre y le recorriera las arterias.

Desconectó la alarma. A media voz emitían la situación del tiempo. El viento, en la calle, hacía remolinos con las sombras y aireaba las faldillas de los toldos y capotas de lona que guardaban aún el polvo del verano.

Tras asearse y coger una revista para entretenerse en el viaje, se despidió de la mujer y los hijos que, adormecidos, apenas percibieron el estado de ¿nerviosismo?, en que se encontraba.

Aunque aparentaba serenidad, por dentro llevaba la procesión. Temía que ocurriera algo. Lo presentía. Vivía de la angustia. Sentía un cierto temor, algo así como si un extraño ser de alas negras volara sobre él.

Salió a la calle y comenzó a caminar hacia la terminal de autobuses. No llevaba más equipaje que lo puesto. Y unas diez mil pesetas para gastos, repartidas en varios bolsillos, por si acaso...

Atravesó la ciudad bajo una llovizna que acariciaba las fachadas, limpiaba las chimeneas y purificaba la noche. Las luces de los semáforos hacían guiños a no se sabe qué sirenas de los mares de asfalto. Plazuelas y rincones permanecían solitarios. Algunas persianas colgaban de los balcones, desgarradas por la fuerza del viento. Un coche-patrulla de la policía recorría las calles y avenidas a media marcha, sin prisas y casi sin hacer ruido.

El hombre avanzaba desconfiado, mirando a uno y otro lado de la calle con la sospecha de que alguien, desde algún lugar, le observaba en las sombras: entre las plantas de los jardines, desde el interior de algún vehículo aparcado o en el fondo de un zaguán de puertas entreabiertas.

Aquel mundo que presentía en su mente no era más que fantasía, falsos temores, algo parecido al miedo individual que arrastra cada cual al verse en soledad, desprotegido. La hora no podía ser más intempestiva, y el viento, arrastrando papeles, vasos de plástico o latas vacías de bebidas refrescantes, le hacían volver la mirada atrás, por si era perseguido.

Todos estos pensamientos saltaban la barrera de su imaginación, le intranquilizaban el ánimo y le aceleraban el pulso más allá de los límites normales.

Aligeró el paso. La estación de autobuses quedaba retirada de la ciudad, en despoblado, y tenía el tiempo justo para adquirir el billete y partir. Lo que más temía era el trayecto que va desde la plaza, donde una gigantesca cruz recuerda a los muertos en la guerra, hasta su destino. Al final de las edificaciones se abría el campo desnudo y solitario.

La lluvia y el viento no le preocupaban demasiado. Se protegía bajo los balcones y cornisas y el agua no le alcanzaba de lleno; le molestaban los paraguas, son objetos incómodos, y como no se les estima, se olvidan en cualquier parte.

A medida que se acercaba a la terminal —pasada la vieja fábrica del corcho—, sintió que el corazón le latía con más violencia que nunca. Un sudor frío —quizá era el agua de la lluvia que le alcanzaba en pleno desierto urbano— le recorría la frente y se extendía en extraño temblor por las extremidades.

La oscuridad era la reina absoluta de la noche. Parpadeaban algunas débiles lámparas entre escombros, desmontes y rocas calizas. La iluminación de la estación férrea le deslumbraba al reflejarse en los charcos de agua que iba dejando la lluvia.

Inició el descenso por una acera original, alicatada, con peldaños escalonados y resbaladizos. Y digo original porque en vez de ir paralela al bordillo de la calzada se desviaba por su cuenta, hacia la izquierda, perdiéndose entre residuos de obras y basuras de la capital.

No se veía casi nada. Aunque la acera tenía escolta de farolas, la habían dejado a oscuras los amigos de las sombras, rompiendo las lámparas y los globos que las protegían. Frente a él, a unos trescientos metros, iluminada por encima de lo normal, se alzaba la estación nueva.

Por su mente inquieta seguían cabalgando pensamientos insólitos. Su corazón, como un caballo sin jinete, corría desbocado hacia no se sabe dónde. Se hablaba tanto de robos, atracos en despoblado, de la jauría de energúmenos que como fieras nocturnas infectaban la noche, que anhelaba encontrarse cuanto antes en la ventanilla de la empresa de...

Dejó de pensar —no le hacía ningún bien—. Notaba algo extraño en el riego sanguíneo, como si determinados obstáculos impidieran que llegara a la sangre el oxígeno necesario. Con los ojos enormemente abiertos escrutaba las sombras que cubrían los escombros a ambos lados del trayecto.

Y al final de la pendiente, cuando se disponía a salir a la explanada de los taxis, los vio. Eran dos jóvenes, cazadoras de cuero y pantalones vaqueros. Uno de ellos se le acercó:

—¿Me da fuego? —solicitó—. En sus manos llevaba una cachimba de madera de brezo que en la oscuridad podría confundirse con un revólver.

El hombre se detuvo. Y vio lo que no era: el arma del atraco presentido. Se quedó mirando al joven —mientras se acercaba su compañero— y no dijo nada. Sus ojos se fueron llenando de leves venas sanguinolentas, a la vez que se le dilataban las pupilas. Le entró un temblor increíble y seguidamente un fuerte dolor al pecho que le arrojó contra las baldosas por las que corría el agua.

Y cuando los jóvenes corrieron hacia la ciudad por un camino intransitable, ya no los vio. Sintió que se dormía y caía en un abismo profundo, más oscuro aún que la noche que le abrazaba, entre el suave beso de la lluvia y la caricia del viento...

LUIS MARTINEZ TERRON